

CAUSALES DE LAS DERROTAS DE VILCAPUGIO Y AYOHUMA

Por

MARCOS ESTRADA

Complejas fueron sin duda las causales que llevaron las tropas de Belgrano a las dos derrotas que sufrieron en tierras altoperuanas. Es fácil señalar una o dos causas, como la impopularidad del ejército porteño, después de los escándalos de Castelli y de Monteagudo, que dieron a la tropa patriota la fama de "infernál" y como el hallarse el ejército en tierras de topografía accidentada y poco o nada conocida. También se ha señalado que ya no era un buen general el que estaba al frente de las tropas realistas, sino un excelente militar, ducho en el arte de la guerra. Ni cien Tristán valían lo que Pezuela.

Todas esas son razones, pero no fueron la razón; pudieron ser con causas pero no la gran causa. Esta, así parece, era algo intrínseco al ejército patrio. La organización de éste había sido una empresa ardua, llena de dificultades y aunque parecía ser una realidad, carecía de algo fundamental: no contaba con una oficialidad que mereciera llamarse así. El mismo Belgrano, una y otra vez, había manifestado esta gravísima falla, y había expuesto a la superioridad que la tesitura de los oficiales, por su comportamiento y disposición de espíritu, no eran aptos para tan grave responsabilidad. Pero ya entonces la política, creada y fomentada por los hombres que

estaban al frente del Gobierno, debilitaba, cuando no anulaba, las mejores organizaciones. En el ejército había llegado a dominar de tal suerte que, como en una oficina del mercado de abastos, se nombraban coroneles y capitanes. Aun más: los malos pasos de estos improvisados oficiales, eran disimulados, unas veces, y eran, otras veces premiados.

“*Permítame V. E.*, escribía en una ocasión, el general Belgrano, *que le diga que así pierde el Gobierno mismo su carácter, y que todos creemos que el miedo le hace proceder sin energía, dando causa a los malvados para que sigan sus iniquidades, y no crean que deben proceder con virtud, para merecer sus atenciones, y no menos influye para que los virtuosos desmayen*”¹.

Recuérdese cómo San Martín y Arenales eran del mismo sentir que Belgrano. El primero de ellos escribió al Gobierno, con referencia a la oficialidad del ejército, que estaba bajo su mando, que, no obstante todo lo que había él hecho para organizarlo con la mayor eficiencia, temo que

“si en el día tuviese que batirme con el enemigo, temería mucho que fuese aventurada cualquier acción, no tanto por la falta de aquellos, cuanto por la de jefes que me ayuden a desempeñarla. En vano combinará un general los mejores planes si le faltan jefes que sepan ejecutarlos”.

También sostenía:

“Yo tengo la desgracia de haber tomado el mando de un ejército derrotado cuyos oficiales parece no han escapado de las manos del enemigo sino para prepararle la conquista del resto de las provincias. Nuestras circunstancias exigen imperiosamente medidas imponentes. Las armas de la patria cuyo mando se me ha confiado en este ejército, no podrán prosperar de aquí en adelante hasta que el ejemplo del escar-

¹ Archivo de la Nación: *Belgrano al Gobierno*, 17-XII-1813.

miento contenga a unos y despierte en otros la noble pasión de la gloria que es la que hace prodigios de valor y fortaleza”².

Un ejército compuesto de soldados, entre los que había demasiados que estaban muy contra su voluntad, con escasa o ninguna visión de la necesidad y menos aún de la nobleza, que suponía el servir a la Patria, pobrísimo en armamentos e igualmente pobre en recursos alimenticios, por lo que el pillaje y el robo era algo ordinario, con Oficiales que, en no pocos casos, eran jóvenes sin preparación militar, pero presuntuosos y despóticos, nombrados *ad hoc* por influencias políticas o por vínculos sociales, pero con buenos salarios, no era un ejército sino una turba de hombres, y no había General que pudiera con ellos. Sin embargo esa fue la situación, en que halló Belgrano el ejército del Norte, cuando le hicieron General en Jefe del mismo, y por más que este gran patriota hizo más de lo que le era dado, para acabar con esas fallas, no estaba a sus alcances eliminar tantas y tan graves deficiencias. Tampoco hay que olvidar que Belgrano no era ni profesionalmente ni temperamentalmente un soldado. Lo era porque la Patria le exigió que lo fuera, y hay que reconocer que, bajo no pocos aspectos, fue un excelente General. Puso especial hincapié en lo que era primordial: la moral del soldado, y organizó y disciplinó a la tropa, como si hubiese estado en la escuela de Napoleón. Bregó por un armamento más eficiente y por una alimentación más humana de sus soldados, y abundan las cartas al Superior Gobierno a ese respecto. Algo consiguió.

Lo que no consiguió fue el mejorar la oficialidad, la que además de infatuada y jactanciosa era, en no pocos casos, inculta y hasta cobarde, y lejos de poseer la tan necesaria virtud de la obediencia al General en Jefe, le criticaba y le

² *Oficios de San Martín al Gobierno*, 11-II, 31-XII y 8-IV de 1814. En B. Mitre, *Historia de San Martín*.

tomaba por la chunga, aún en conversaciones con los soldados, desprestigiándole así ante ellos.

Para Belgrano, las dos derrotas de *Vilcapugio* y *Ayohu-
ma* eran dos acciones, aunque objetivamente tan disímiles a
las dos victorias de Salta y Tucumán, igualmente respetables,
ya que en las unas y en las otras había él hecho cuanto
estaba a su alcance y es un principio jurídico el de los
romanos, "*nadie está obligado a lo imposible*".

Con cuánto sentimiento manifestaba él esto al Gobierno
en aquellas expresiones:

"Digo esto y V. E. me dispensará porque observo en su
comunicación de 9 del corriente, a que estoy contestando, una
frialdad y estilo para mi desconocido en sus anteriores, y en
las después de vencer: si ellas hubiesen sido iguales siempre,
nada tendría que notar. ¿Pero por qué esta diferencia? No
puedo creer que en V. E. haya obrado la vulgaridad para
con el jefe que pierde, ni tampoco que no considere que yo
jamás he contraído la obligación de ganar cuantas acciones
presente, o me presenten".

Es que aquellos Oficiales, que eran escuchados en las esferas
gubernamentales, habían escrito a fin de no quedar en des-
cubierto, lo que les convenía, aun a trueque de dejar mal
parado a Belgrano. Por ésto, en carta enviada desde Jujuy,
en los postreros días de 1813, sugería la forma de saberse la
verdad:

"Para ésto tiene V. E. el remedio a la mano: un juzgamiento,
como es debido lo decide todo, y el que no quede el delito
impune, si lo hay en mí, perfecciona este asunto a maravilla,
dá crédito a V. E. y remediara males que preveo, y que son
indispensables si en la milicia no se adopta ese medio; pues
ella, y no los papeles, ni leyes sobre objetos particulares, es
la que nos ha de dar la libertad e independencia. También
tiene V. E. otro arbitrio, y condice con nuestro carácter espa-
ñol, que lo llevamos a todas partes y lo llevaremos, mientras
la educación no cambie, que es el de quitarme el mando, no

conozco la ambición; no he de resentirme por eso, y serviré con gusto aún en la clase de soldado, cuya vida he experimentado sin embargo de ser general del Ejército, cargando el fusil y cartuchera para ejemplo de mis compañeros”³.

El Gobierno, en efecto, resolvió procesar al ilustre y benemeritísimo Belgrano y para ello dispuso que entregara el mando y pasara a Córdoba. Es bien conocido el noble proceder de San Martín en esta coyuntura. Hasta llegó a escribir a los componentes del Segundo Triunvirato, desaconsejándoles ese comportamiento con Belgrano, y así los principales expatriados del Alto Perú, como muchos de los vecinos más conspicuos de Salta, Jujuy y Tucumán, manifestaron su ninguna simpatía por las medidas tomadas por el Gobierno contra el heroico soldado.

No ya el Triunvirato, que había cesado en sus funciones el 1° de febrero de 1814, sino el Director Posadas, que le había sucedido, y cuyo Ministerio de Guerra era el Coronel Francisco Javier de Viana, muy mal aconsejado, ordenó en 1° de marzo que se cumpliera lo ordenado, expresando a San Martín su desagrado por haber retardado la observancia de un mandato superior. Belgrano pasó a Córdoba, donde permaneció un tiempo, y luego se dirigió a Luján, donde, por orden del Gobierno, se detuvo, incomunicado y enfermo, en una quinta de esa localidad.

Entre tanto, iniciado el proceso, éste prosiguió sin novedad, y entre los testigos de vista y conocedores de la situación, en que se hallaba el Ejército, cuando las acciones de Vilcapugio y Ayohuma, estuvo el doctor D. Tomás Manuel de Anchorena, quien, no tanto por la gran amistad que le unía con Belgrano, cuanto por el altísimo concepto que de él tenía, declaró en su defensa. Esta, aunque no conocemos cuál fue, debió de gravitar mucho en la balanza, ya que el Gobierno,

³ Archivo General de la Nación: *Belgrano al Gobierno*, Jujuy 30-XII-1813.

no hallando base en las acusaciones, ordenó sobreseer en la causa. Nada grave pudo imputársele a *Belgrano*.

No conocemos la defensa que entonces hizo *Anchorena* del proceder de éste, pero, del 1º de enero de 1814, es una extensa carta escrita desde Jujuy por el Dr. *Tomás Manuel* a su hermano D. *Nicolás de Anchorena*, y consideramos que proyecta una extraordinaria luminosidad sobre esta página de nuestra historia militar⁴. La damos a conocer en toda su integridad, gracias a la espontánea deferencia del R. P. Guillermo Furlong S. J.

Jujuy, 1º de Enero de 1814.

Estimado Nicolás: he recibido la tuya de diez del próximo pasado, por la que veo el estado de luto en que se halla ese pueblo, y las execraciones con que se producen muchísimos contra *Belgrano*. Ya es sabido que todo general vencedor es un héroe, aunque sea un facineroso o tirano, y que el vencido es un inicuo, aunque esté lleno de virtudes, porque los pueblos, en lo más de su número, corrompidos e ignorantes, juzgan de las acciones por su resultado, y gradúan su mérito, según más o menos lisonjean sus pasiones y deseos.

Belgrano sólo siente la pérdida, y desprecia todo cuanto digan, pues ni él se ha constituido jamás en la obligación de vencer siempre, sino tan solamente de poner los medios para lograr la victoria; y, de éstos, los que están a su alcance como un ciudadano, que jamás ha aprendido el arte de la guerra, y es general porque le mandan que lo sea, ni se considera culpable de las desgracias acaecidas.

Es bien constante que él se ha sostenido hasta el fin, cuanto ha podido, en las dos acciones, que los jefes no le

⁴ Debemos el conocimiento de esta carta al R. P. Guillermo Furlong S. J., quien pudo conocerla y transcribirla del original que obra en poder del señor John Walter Maguire.

han ayudado en nada, y que éstos, muchos de los comandantes, y la mayor parte de la oficialidad, han procedido con la mayor cobardía, huyendo unas veces, escondiéndose tras de morros y barrancas, otras, y, otras, tendiéndose de barriga en el suelo, de modo que, al fin de las investigaciones, no ha tenido la tropa oficiales que la manden. Y de esto ¿quién tiene la culpa? El gobierno, que ha conferido los empleos militares a hombres sin talentos, sin honor y sin educación, que sólo sirven para sacrificar a los demás, por atender a consideraciones particulares, y dar de comer a quienes vivían en la miseria por su inutilidad. El gobierno que no tuvo rectitud y energía para castigar a los cobardes del Desaguadero [es el culpable de estas derrotas].

El gobierno que no ha sabido sostener a Belgrano en los castigos que ha hecho con varios oficiales ineptos, y que cuando han sido algunos arrojados de este ejército, por indignos de vestir el uniforme, al momento los ha colocado y aun ascendido, a pesar de los informes que se le han hecho, ejerciendo de este modo la autoridad y la justicia, y protegiendo abiertamente el crimen.

Y de aquí ¿qué ha resultado? El general Belgrano, sin embargo de sus indecibles esfuerzos, no haya podido separarlos de los vicios en que están empapados, inspirarles aquellos sentimientos de delicadeza en el obrar que son necesarísimos, y hacer que se contraigan al desempeño de su deber, y a aprender lo mucho, mucho, que ignoran. ¿No es un escandaloso crimen que debe ser castigado con un presidio el que Perdriel y Arauz, únicos comandantes que han quedado de infantería, viendo el estado de desorganización en que se halla el ejército y nuestros graves apuros, hayan pedido licencia para retirarse a ésa, el primero, y al Tucumán el segundo? Pues esto mismo han hecho varios oficiales, y el General a todos se las concede, porque conoce su cobardía e ignorancia, y la perversidad de su corazón, que son capaces de todo mal, estrechándolos a servir contra su voluntad. Si el gobierno tuviera

energía, esperara que fuesen solicitando licencia cuantos quisieran, y despues a todos, todos, les arrancaría el uniforme, destinándolos a servir de soldados en las fronteras de los indios, y de este modo les obligaría a pensar con honor a los demás oficiales; pero no sucederá así, sino que después de haber tenido una conducta inícuca, irán ahora a disfrutar con descanso de los ascensos, que nunca han merecido, y sólo se les concedieron por estimularlos y por exigirlo así la necesidad.

En la actualidad no cuenta el General más que con Dorrego, que está en Salta, en comisión, pues Díaz Velez pasó al Tucumán a activar los trabajos de la fábrica, y curarse, al mismo tiempo, de una sarna leprosa que le ha salido, y aquí tienes que todo el peso está inmediatamente sobre él, y, aun así, él es un pícaro, es un inepto y es qué se yo que más, porque lo califican por tal los que debían estar en un cadalso.

Yo mismo he visto hasta dónde llega el abandono de los oficiales, no sólo fuera de peligro, sino en una retirada. Se nos ha desertado infinidad de gente por el amilanamiento de la oficialidad, por que no podía conseguir el General que no permitiesen a nadie que se separase de la formación, y habiendo puesto a vanguardia y retaguardia una partida, para que no dejasen quedar a nadie, ni que pasase adelante, ni aun esto podía lograr, y porque de noche ponían en el campamento las centinelas correspondientes, y no se acordaban de algunas de ellas hasta el siguiente día, de modo que se iban muchas veces dejando la formación, y el fusil, el que no quería llevarse: de ésto soy yo testigo en Santiago de Cotagaita, sin embargo que se lo ocultaron a Belgrano.

También me consta su ignorancia, pues, a cada paso, se ofrecía formar una sumaria o seguir una causa militar, y a excepción de seis u ocho que lo hacían, no del todo mal, no se encontraba en todo el ejército de quién echar mano absolutamente. Del mismo modo se hallaban en todos los demás ramos de su facultad, y si se duda de esto, pregúntese: ¿Cuán-

do se les ve leer a nuestros oficiales? ¿Qué obras militares tienen? Pero qué digo obras militares? ¿Otros tienen las ordenanzas y el color, y en qué tiempo las saludan? Y, por aquí, fácilmente se podrá colegir el sumo grado de ignorancia en que se hallan. No piensan en otra cosa que en jugar y putear, y es necesario que el General visite los cuarteles, para que se barran, porque de lo contrario la tropa se atolla en la inmundicia y se enferma, que recorra continuamente los hospitales, el parque y maestranza, pues de no, todo está en desorganización, y, por último, que ande por las calles, de día y a deshora de la noche, celando la tropa, que no juegue ni se reuna en las pulperías, rompiendo a cada paso bastones en dar palos, porque ni para ésto, ni para contener de noche en los cuarteles a los soldados, sirven los SSres oficialejos. Todo su Dios y atención es la de recorrer estrados, jugar y fornicar cuanta puta se les presenta, para después salir enfermos, y licenciarse al mejor tiempo, a pretexto de curarse. Dirá cualquiera ¿y porqué Belgrano no los contiene? Pero ¿cómo? Nadie ignora todo lo que se requiere para imponer un castigo grave a un oficial, y cuando Belgrano ha procedido contra alguno, como ha debido y lo exigían las circunstancias, el gobierno ha aprobado su conducta en papel, pero la ha desairado con sus manejos, protegiendo a los delincentes. Actualmente se hallan arrestados y causados una porción de oficiales, y lo estarían los más, si se llevasen las cosas a todo rigor. Ellos seguramente resultarán delincentes, si sus causas se elevan a consejo de guerra pararían en nada, por que este jamás se celebrá, y si son castigados por Belgrano, será para que vayan a descansar, y aun logran ascensos. Ahora días, se vió el comandante Arauz en la necesidad de arrestar a todos los oficiales de su cuerpo, porque no había quien desempeñase las fatigas ordinarias, a pretexto de enfermos, al mismo tiempo que se andaban paseando por toda la ciudad públicamente ¿Y con esta clase de militares de honor, podrá

lograr victorias ningún general? Venga el gran Napoleón, y el mismo nos prestará el desengaño.

Pero se preguntará ¿son por ventura mejores los oficiales del enemigo que los nuestros? A esto respondo que todos convienen en que generalmente no lo son, aunque con motivo de haberles tomado en Tucumán muchísimos papeles y, entre ellos, varias cuentas, estados, listas de revistas y otros papeles, relativos al régimen del ejército, oí entonces que ellos tenían mejor arreglo que nosotros en esta parte, y como esto depende de la mayor inteligencia y celo de los oficiales, hay este argumento en favor de su mayor mérito. Pero, sea lo que fuese sobre este particular, lo que los ha hecho muy superiores a nosotros en las dos últimas acciones, ha sido el tener tres jefes, fuera del general, que cada uno entiende su deber (hablo con respecto al estado de ignorancia, en que aún nos hallamos los americanos sobre el arte de la guerra) y sabe desempeñarlo. Todos ellos son hombres de principios, de talentos regulares, sin los vicios del juego y del amor, y de consiguiente contraídos a su ministerio, dan ejemplo y contienen a sus subalternos, y, aunque imbuídos en las ideas del antiguo gobierno, piensan con honor, y se sostienen en el puesto como corresponde, obrando por sí solos, según lo exigen las circunstancias. Estos tres jefes son: Picoaga, Ramírez y Lombera, que no son despreciables, porque, además de que desde pequeños se han dedicado al servicio de las armas, en cerca de cinco años de campaña han aprendido mucho, y tienen conocimiento de los países, sus caminos y posiciones, que es de muchísima importancia para hacer la guerra, aunque los despreciamos, especialmente a Picoaga, por que viste a la antigua y con género del Cuzco, como si el vestido hiciera al militar, pues, al paso que nada sabemos, todo lo miramos en menos, arrastrados de la audacia que produce la misma ignorancia. Esto que he dicho se halla probado con el orden de las dos acciones desgraciadas. La de Vilcapugio se perdió, porque la caballería no protegió, como debía, nuestra ala

izquierda, porque habiendo avanzado en línea de batalla, el cuerpo de reserva, sin duda por cobardía, se quedó parado y no guardó la distancia, de que resultó que no pudo auxiliar oportunamente nuestra izquierda y que derrotada ésta, puso en desorden a otro cuerpo cuando se aproximaba, por que el centro y ala derecha, que derrotó completamente al centro y ala izquierda del enemigo, no volvió inmediatamente sobre la ala derecha, por la ignorancia de los jefes y porque el único que lo hubiera hecho, Forest, fue herido en el acto del avance; porque un jefe, no de los cuerpos, sino de los tres que mandaba a tal el ejército, se llevó la bandera que designaba el primero de reunión, por cuya razón, y la del temor, se dispersaron los jefes de los cuerpos y casi toda la oficialidad; y habiendo reunido Belgrano más de seiscientos hombres, tuvo que ceder a los esfuerzos de docientos enemigos, porque, sin embargo de que se batió hasta las dos y media de la tarde, y que debían oírlo nuestro jefes y oficiales, no se le reunieron por temor, de modo que él no se entendía con aquel grupo de hombres, sin tener quienes le ayudasen a gobernarlos.

En la Ayohuma, aún fue más escandalosa la cobardía de estos SSres. Se presentó el enemigo, a tiro de cañón, a donde no le alcanzaba la artillería, una por ser de menor calibre, y desde una altura disparó ciento doce o más cañonazos tan mal dirigidos que sólo nos mató tres hombres, de modo que el General, recorriendo una línea, les decía a los soldados *valor muchachos ya veis que no nos hacen nada*. En este estado comenzó a bajar de línea, y una división de su izquierda se encaminó a flanquear nuestra derecha. Belgrano entonces le ordenó a Díaz Vélez, que mandaba nuestra ala derecha, la previniese al pepe que hiciese el movimiento A.B. para presentar el frente al enemigo, que intentaba flanquearlo, y obligarlo a que se acercase, si quería ofenderle con sus fuegos y que precisamente se pusiese en disposición de ser él batido y flanqueado por el cuerpo de reserva y caballería del Bal-

carce, según manifiesta la adjunta delineación; en estas circunstancias pasó a nuestra ala izquierda, a dar otras ordenanzas y cuando volvió la vista sobre la derecha, vió que el enemigo efectivamente los había flanqueado, y ella no había hecho el movimiento ordenado, ni estaba ya en disposición de hacerlo. En estas circunstancias pensó en hacer replugar nuestra tropa; pero corrió, y con razón, que por no ser maniobrera hubiese alguna dispersión, por cuyo motivo mandó avanzar una línea a la bayoneta, y estando a distancia de diez varas, en una parte, y de veinte en otra, toda ella volvió la cara. Averiguamos, pues, el origen de ésto, y fue el que uno de los jefes que mandaba el ejército estaba agazapándose contra el suelo y tras de un morro o loma, con varios oficiales, cuando el enemigo jugaba solo su artillería, el que otros muchos oficiales se tendían de barriga por temor, de suerte que, cuando avanzó nuestra línea no hubo quienes hiciesen guardar el orden y unión de formación a la tropa, ni le dijese avancen, con lo que se desbandó la gente. Esto lo han visto muchísimos, y lo dicen los mismos soldados, que siempre son testigos imparciales y, los más, fidedignos. De no haber muerto, al principio del sólo fuego de artillería, son muchos los testigos y el comandante Arauz, que delante de mí, ha asegurado que a él no le mató ninguno. Los cobardes se disculpan con una zanja, que había por medio, paralela con ambas líneas; pero, además de que ésta igualmente debía perjudicar a uno y otro ejército, si era impracticable, es una disculpa frívola, porque ella, en primer lugar, no tomaba todo el frente de nuestra línea, y, en segundo lugar, era transitable por varias partes, mas como no había quienes hicieran evolucionar nuestra gente, ésta se asustó, y por la razón contraria la pasaron fácilmente los enemigos. Hablándole, pues, el General a Díaz Vélez sobre la falta de cumplimiento a la orden que él le dió, para el movimiento que debió hacer a la orden, le contestó, delante de mi, que él se la comunicó a Cano, que comandaba los Cazadores, y que no la cumplió; pero no sé

el porqué, como jefe de aquella ala, no la hizo poner en ejecución, y como Cano ha muerto, es preciso creerle.

En cuanto a mi, va enhorabuena que crean me han engañado y que estoy atolondrado. Si esto es así, me servirá por ahora de fundamento para seguir en mi atolondramiento, el que todos estos pueblos lo estén, pues a pesar de estos contrastes aprecian sobremanera a Belgrano, porque, aunque no lo tengan por héroe, creen que no ha de venir otro mejor que él. La muchedumbre de Potosí que se ha reputado y reputa aunque tan contraria a nosotros, lo recibió a su regreso de Ayohuma, como a un general victorioso. Estos dos pueblos, el de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca han hecho y están haciendo los mayores esfuerzos para reclutar gente, reunir a la que no puede ser reclutada, y que venga inmediatamente a auxiliar el ejército, y ésto lo han hecho de *motu proprio* con sola la noticia de nuestra última desgracia, con lo que dan una prueba, la más decisiva y auténtica, de la confianza que tienen en este jefe, y del aprecio que les merece.

En fin, basta ya de hablar de este asunto. Si alguna vez nos viésemos, como lo espero con el favor de Dios, te referiré lo mucho que sé y he visto desde que regresé, la primera vez, del Perú, y que me ha enriquecido con experiencia; entre tanto te deseo la más completa salud, y que dispongas del afecto con, que soy tu apasionado hermano.

Tomás

